



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO III.

MARTES 15 DE AGOSTO DE 1871.

NÚM. 83.



LA LUZ.

No pasa día sin que el correo ó el telégrafo nos comuniquen alguna importante noticia respecto al movimiento anti-infalibilista que ha empezado á desenvolverse en Alemania. Y lo que ahora sucede era de esperar. Mas de una vez hemos escrito en las columnas de LA LUZ que el Concilio del Vaticano con sus enormes é impías pretensiones daría por resultado un cisma que abriría ancha herida en el seno de la Iglesia romana. La guerra franco-prusiana embargó los ánimos de franceses y alemanes y nadie por un tiempo se atrevió á hablar cuando el cañon tronaba; pero hoy que la calma vuelve, vuelven con ella las discusiones, las luchas intelectuales, las solemnes protestas de la conciencia herida en sus mas legítimas susceptibilidades. Ya era tiempo.

La Alemania católica se ha lanzado la primera en la via de la verdad. Repugna á la conciencia de la inmensa mayoría de los teólogos y obispos alemanes esa divinización de la criatura, ese afán de reconstruir sobre ruinas el edificio carcomido de la Edad Media, esa gerarquía espiritual y ese marcado carácter político que á todas las manifestaciones religiosas se dá por el partido ultramontano; esa mentira, en fin, que en pleno siglo XIX pretende ocupar el trono de la verdad.

¿Cuáles serán las consecuencias de esa solemne protesta? Dios lo sabe. Sin embargo, á juzgar por lo que en otras épocas ha sucedido, por lo que hicieron los reformadores del siglo XVI, lo probable será que despues de haber sacudido el yugo papal, los católicos alemanes busquen en la Santa Biblia la regla suprema de la religion y tiendan la mano á los cristianos evangélicos.

Cuando se ha dado un paso fuera del estrecho círculo en que Roma encierra á sus adeptos, y se cree, no porque el Papa así lo manda, sino porque Dios mismo lo ordena, la negacion de un error conduce á la negacion de otro; una verdad adquirida dá la posesion de otra verdad, y por grado se vá llegando á la santa libertad de que gozan los verdaderos hijos de Dios.

¿Y el Papado qué hará? Dominado por el partido jesuita que parece haberse propuesto conducirlo á su ruina, clamará por sus nuevas prerogativas que todos los hombres ilustrados

y cristianos le negarán, querrá ir contra la corriente de los tiempos modernos, é impenitente en su derrota procurará, mezclándose en las cuestiones políticas y aliándose con determinadas banderías, recuperar un poder que nunca mas tendrá, porque sus crímenes é impiedades han colmado la copa de la justicia divina.

Entretanto España contempla estos signos de los tiempos y nada dice.

Aparte de un cierto número de cristianos evangélicos y de alguna que otra protesta aislada que formulan algunos sacerdotes católicos, nadie parece preocuparse de los graves acontecimientos que tanto embargan los espíritus en otros países. El episcopado español, con una sola escepcion, escucha á Roma y calla. Los laicos no se atreven á tomar la iniciativa como sucede en Suiza, en muchas ciudades del Austria y en otros puntos; úniase que las cuestiones religiosas no tienen ya el poder de hacer palpar los corazones. ¿Será que el resorte de la voluntad nacional se haya roto? ¿No existe ya conciencia en España? ¡España, España! despierta de tu letargo, vuelve los ojos hácia Dios, sacude ese poder ominoso que sobre tí ha pesado durante tantos siglos para tu vergüenza y perdicion, y purifícate en las puras y cristalinas aguas del Evangelio de Cristo que dá paz á las almas y prosperidad á las naciones.

LA TRANSUBSTANCIACION.

IV.

Otra de las ideas impías que la transubstanciacion lleva en sí, es esta. Jesucristo en la hóstia está entre las manos del hombre, dándose el singular fenómeno de que la criatura puede disponer á su capricho de su Creador. Y de tal manera está Dios reducido á la impotencia entre las manos del hombre, que los mismos teólogos confiesan que bajo las dos especies el cuerpo de Jesucristo no puede moverse, ni andar, ni respirar, ni mover los ojos, ni hacer nada, en fin.

Y es peregrina sobremanera la idea de que el Dios de la bondad suprema baje á las palabras de la consagracion, á las manos de un clérigo que penetra en la iglesia cuando acaba quizá de salir de la orgía y que dice misa como pudiera no decirlo. ¿Bajaría Dios

muchas veces á la evocacion de Alejandro VI? ¿Bajaría á la de Julio II? ¿Bajaría á la de tanto Papa asesino, adúltero, envenenador? Si bajase, bien podíamos asegurar que Dios habia dejado de serlo. Esta familiaridad con criminales tan contumaces no es digna sino de otro criminal.

De todas maneras, ¡á cuántos contratiempos no está Jesucristo espuesto en la hóstia! Los ladrones pueden robarle, escarnecerle, pisotearle; los ratones pueden comérsele; puede caer en el fango y ensuciarse, y de todo esto Cristo allí encerrado, petrificado, inmóvil, no puede defenderse, ni escaparse, ni moverse. Supóngase una cosa que en realidad no hay necesidad de suponer, pues alguna vez habra sucedido; que una hóstia se caiga en el agua, es decir, que Cristo encerrado en la hóstia se caiga en el agua. ¿Se ahogaría Cristo? Sí. Su cuerpo como todos los cuerpos físicos está sujeto, sin esceptuar una sola, á todas las leyes naturales. Concluiría por sumergirse con la hóstia de harina y ahogarse por tanto. ¡A tales ridículos lleva este irrisorio dogma!

Hay mas que esto aún. Los huesos de los santos, de los mártires y de los bienaventurados duran, si hemos de creer á los escritores católicos, centenares de centenares de años. ¡Y el cuerpo de Cristo en la hóstia no dura un mes sin enmohecerse! ¿Cómo se explica esto? ¿Tan poco vale Jesús que no sirve para preservar del moho á la envoltura en que se encuentra encerrado? Por esto sin duda considerando el poco valor que tiene el cuerpo de Jesucristo, en la procesion papal, sus santidades los pontífices se hacen llevar sobre los hombros de reyes y príncipes y cuando de sus embajadores, y aquel le llevan encerrado en una sencilla custodia. Y que en la procesion papal, añade un eminente escritor cristiano, el Papa es diez veces mas honrado y se le hacen diez veces mas honores religiosos y mas reverencias que al Dios que está entre sus manos, no hay necesidad de decirlo.

V.

El versículo sobre que funda esencialmente los católicos romanos la doctrina de la transubstanciacion es el siguiente de San Lucas: «Y tomando el pan, habiendo dado gracias, partió y les dió, diciendo: este es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí.» (xxii, 19.) *Este es mi cuerpo.* El cúmulo

de absurdos de la transubstanciación ha partido de la interpretación errónea de esa frase. Es preciso que examinemos una á una las palabras de esta frase para devolverlas la significación que nunca debieron perder.

Por la palabra *este*, Jesús entendía lo que tenía entre las manos y partía para distribuirlo entre sus discípulos, es decir, el pan. Que fué pan lo que el Cristo tenía entre sus manos divinas y que lo rompió para repartirlo entre sus discípulos, se prueba, no solo por el versículo citado y otros de los restantes evangelistas, sino por diversas frases de las Epístolas en donde está la esencia pura de la pura doctrina del Maestro. Pablo dice á los Corintios: «Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado.» Que el Señor Jesús, la noche que fué entregado, tomó el pan: y habiendo dado gracias, lo partió y dijo: «Tomad, comed, este es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí.» (1.^a xi, 23 y 24.) De suerte que la idea que envuelve esta palabra *este*, no es otra que la siguiente: «El pan que yo parto y distribuyo entre vosotros.» A su vez esta frase por una deducción lógica hace comprender que esta otra «Este es mi cuerpo» no quiere decir sino esto: «El pan que yo parto y distribuyo entre vosotros es mi cuerpo.»

Pero al llegar aquí tropezamos con una dificultad grave: el pan es el cuerpo de Cristo. ¿Es esto posible? ¿Un pedazo de pan puede ser el cuerpo de Cristo ni el de nadie? No. Lo irracional es un imposible físico. Siendo esto así, estas palabras debieron ser dichas figurada, simbólicamente. Su sentido material es lo menos que hay que tener en cuenta en ellas. ¿Pero qué es lo que significa esta figura? ¿Qué es lo que quiere decir este símbolo? Las palabras últimas del versículo de San Lucas citado al principio, lo manifiestan. «Haced esto en memoria de mí, añadió el Cristo á los doce.» En la Escritura muchas veces el signo recibe el nombre de la cosa significada, como sucede aquí. Hablando de su sangre empleó el Cristo la misma figura. Asimismo también tomó y les dió el vaso después que hubo cenado, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre que por vosotros se derrama.» En una palabra, el lenguaje de Jesucristo en estos dos casos fué figurado, y de pretender interpretarlo al pié de la letra ha nacido ese dogma-Satanás de la transubstanciación. La frase, pues, «este es mi cuerpo», equivale sencillamente á esta otra: «El pan que parto y distribuyo entre vosotros, es la conmemoración de mi cuerpo.»

La Iglesia romana, ciega siempre y atenta solo al sentido material de los pasajes, por no hacer caso de este lenguaje figurado que abunda hasta lo infinito en la Escritura, tuvo que inventar ¡extraño contrasentido! una multitud de figuras, pero insensatas, irracionales, absurdas todas, sin ejemplo en la historia dogmática de ninguna religión. Tuvo que suponer que Jesús se comió á sí mismo; que estaba sentado á la mesa y que entraba al mismo tiempo en la boca de sus discípulos; que conversaba con ellos y que al propio tiempo estaba en sus estómagos; que El, el único santo, penetraba en amorosa compañía con el diablo en el cuerpo de Judas, y otras mil herejías tan estupendas como esta, porque si ha habido Iglesia herética en el mundo ha sido la católica, apostólica, romana, la muñidora de todos los dogmas de escándalo, la sacerdotisa obligada de todos los errores más satánicos y más monstruosos que ha conocido la historia.

¿Jesucristo elevó acaso el pan como hacen los curas con la hostia y le adoró como ellos la adoran? No. Ni lo hizo ni ordenó á sus apóstoles que adoraran el pan. La Escritura no dice que ellos se levantaran de la mesa ni que se movieran. Permanecieron, pues, sentados, y en la postura del que está comiendo, actitud que ciertamente no es la más propia para adorar nada ni á nadie.

En aquellos momentos alegres y tristísimos, para Jesús, de la cena, alegres porque El sabía que iba á redimir á la humanidad del pecado, y tristísimos porque al fin su cuerpo estaba sujeto al dolor é iba á sufrir el más horrendo suplicio conocido entonces, El estaba débil y angustiado. Pues bien, se quiere que su cuerpo pasara al estómago de los apóstoles, no ya como estaba y como hubiera pasado en todo caso, sino robusto, fuerte, lleno de un vigor y de una salud que no podía tener en aquella tremenda espera de la muerte que iba á caer sobre El, tenebrosa y sombría como ninguna otra. Echemos una losa sobre estas blasfemias católicas, y honremos más al que dió su vida por la de los demás hombres. No hace falta fabricar milagros estúpidos para exaltarle. Así se le deshonoró y se deshonoró todo lo puro, todo lo bueno, todo lo santo que dejó en la conciencia humana. A Dios no le hacen falta artifices embusteros de milagros, prestidigitadores de lo infinito. Cuando El necesita un milagro para evidenciarse, y necesita pocos, le hace. Dios no necesita agentes ni administradores de lo maravilloso.

Muchos de los dogmas católicos son un semillero de errores, una sentina de absurdos; pero el de la transubstanciación los sobrepuja á todos. Es una vergüenza para el siglo XIX que haya hombres que se arrodillen aun ante el Dios-oblea. Pero aun hemos de patentizar en un último artículo algunos otros de los infinitos absurdos de este dogma.

MANIFIESTO AL CLERO

Y AL PUEBLO DE ESPAÑA.

Con este título ha visto la luz pública en el periódico *La República* un importante escrito que firma el presbítero D. Antonio Aguayo. Integro lo transcribiremos á las columnas de nuestro periódico si sus dimensiones nos lo permitieran; mas no pudiendo hacerlo nos contentaremos con indicar algunas de sus ideas capitales.

«Madura reflexión, dice el autor, por largo tiempo proseguida, con serenidad de ánimo ejercitada, y, no vacilamos en decirlo, piadosamente inspirada en las divinas palabras de Jesucristo, «adorad á Dios en espíritu y en verdad,» nos han conducido á formar el propósito, tan firme como puro de interesadas miras y pasiones bastardas, de hablar á nuestros hermanos en la patria y en la fé, para decirles que, perseverando en las verdades fundamentales de la religión cristiano-católica, nos creemos obligados para mejor servirla, á proclamar el principio de la libertad de la Iglesia, en vez de seguir la política romana, que compromete en las ruinas de la Iglesia oficial los principios fundamentales del cristianismo, y aun por tiempo la existencia de la religión misma en las sociedades católicas.»

El Sr. Aguayo asegura que la contemplación de la misión providencial del cristianismo y el estudio de la historia de los primeros tiempos de la Iglesia han confirmado su fé en la revelación de Dios mediante Jesucristo; pero confiesa, sin embargo, lo que todos los cristianos evangélicos vienen confesando hace tres siglos, y lo que un teólogo romano

alemán se ha atrevido á reconocer, es á saber, la diversidad de las manifestaciones religiosas en el trascurso de los siglos, lo progresivo de las concepciones dogmáticas en la historia, salva la inmortalidad de sus verdades fundamentales.

Los principios fundamentales que unen á todos los cristianos católicos son, en sentir del autor: La unidad de Dios como Ser Supremo y Providencia del mundo, las verdades eternas é inmutables que Él ha revelado á su Iglesia y que predicaron sus apóstoles, la unidad humana sobre toda diferencia de razas, gentes y sectas, según la fundó Jesucristo y predicó el apóstol, la piedad como el principio de la personal unión de la criatura racional con el Criador y la caridad como lazo divino del amor entre todos los hombres.

Viene después de esto una definición de la religión que no es «la fé pasiva y ciega en determinada representación positiva de la suprema relación entre Dios y el hombre, ni menos la práctica meramente servil y mecánica del culto, las cuales degeneran en superstición y declinan en gentil idolatría, si no se entienden y producen como delicada expresión servil de la idea religiosa y de su íntima penetración por toda la vida en espíritu y corazón.»

Confesaremos ingenuamente al Sr. Aguayo, que hubiéramos deseado una definición más categórica de la religión cristiana, mejor dicho, que deseáramos una verdadera definición que en vano hemos buscado en el importante documento que analizamos, una definición como esta ú otra parecida: «La religión cristiana es la vida en Dios por medio de Jesucristo.» Conformes en un todo estamos con el autor en su definición negativa de la religión, y nos lisonjamos en creer que él estará conforme con nuestra definición afirmativa.

Pero la fé que no opera impulsada por el amor no es una fé verdadera; sin la santidad, como dice la Santa Escritura, nadie verá al Señor. Bien lo comprende y lo siente el Sr. Aguayo, y por eso pide que la religión sea moral y que todas sus manifestaciones vayan precedidas y seguidas de la santificación moral, sin la cual «la verdadera religión es imposible, y sus creencias fueran torpe superstición, y sus prácticas menguada hipocresía.»

Después de haber establecido que la religión cristiana no es una religión de temor ni de intolerancia, el Sr. Aguayo afirma que existe armonía entre la fé y la ciencia, entre la religión y la política. Hubo un tiempo en que la teología dogmática hizo sierva á la filosofía, y esta en cambio renegó de aquella cuando pudo; mas «hoy, según las más puras señales de los tiempos, aspiran á reconciliarse como dos esferas armónicas de la conciencia, que no hay dos conciencias, una para la religión y otra para el saber, siendo uno mismo el espíritu científico que el religioso, y uno mismo el objeto absoluto de la ciencia que el principio supremo de unión de los seres en la vida, Dios.»

No duda el autor de la relación que existe entre la religión y la política, porque aquella debe penetrarlo todo de su divino espíritu; mas confiesa que la política «no es el fin principal á que servimos en la vida,» deplora «el carácter decididamente político que la curia romana viene imprimiendo en sus declaraciones y en sus actos, y aspira á que en nuestro pueblo se inicie una vida cristiano-católica en armonía con nuestras instituciones modernas y en consorcio con el movimiento civilizador europeo.»

Quedaba por definir la relación que debe existir entre la Iglesia y el Estado, y el señor Aguayo se decide, como era de suponer, por la separación completa, «confiado en que la religión se basta á sí misma sin otro apoyo que el espontáneo de los fieles.»

Llegado á este punto, bien puede decirse que nada más quedaba que decir; pero el señor Aguayo ha querido consagrar un párrafo al celibato del clero, párrafo innecesario, en nuestro sentir, cuando en otro lugar se asienta que no se admitirá más doctrina que la que resplandece en el Nuevo Testamento. Después de todo, la cuestión del celibato considerada como infracción de la doctrina cristia-

na, no tiene mas importancia que cualquiera otro dogma olvidado ó alterado por los católico-romanos.

El manifiesto termina con una nota en donde el señor Aguayo establece las bases de la constitucion de esta Iglesia:

1.^a Pureza de la doctrina cristiana como respaldada en el Nuevo Testamento, exclusion hecha de lo añadido por los concilios, bulas pontificias, decretales y encíclicas.

2.^a Separacion é independencia de la Iglesia y del Estado.

3.^a Eleccion por sufragio universal para los cargos eclesiásticos.

4.^a Abolicion de la lengua latina en los cultos, abolicion del celibato forzoso de los clérigos y abolicion de toda tarifa en la administracion de sacramentos y servicios eclesiásticos.

5.^a La Iglesia se gobernará por sí misma, celebrando al efecto asambleas periódicas y concilios.

Ahora que hemos terminado nuestra tarea de dar á conocer á nuestros lectores el manifiesto del señor Aguayo, nos permitirá este que le dirijamos algunas observaciones y preguntas.

¿Cree el señor Aguayo que existe alguna diferencia entre las doctrinas que venimos predicando hace cerca de tres años en nuestra patria y las que él acaba de consignar en su importante manifiesto? Una religion que tenga su base en Dios y en la conciencia humana y santifique la vida entera del individuo, nosotros la admitimos y lo sabe muy bien el señor Aguayo. La Palabra de Dios como regla suprema de la religion, con exclusion de lo añadido por los concilios, bulas pontificias, decretales y encíclicas, es lo que nosotros sostenemos en la prensa, en el púlpito, en todos partes.

La separacion é independencia de la Iglesia y del Estado es una constante aspiracion nuestra. No queremos mas que eso, pero tampoco menos. ¿A qué viene, pues, el señor Aguayo diciendo que «los tiempos del protestantismo han pasado, aunque al génio de nuestro pueblo no fuera antipático?» ¿Ignoraria, por ventura, el señor Aguayo que nosotros no somos discípulos de Lutero ni de Calvino; que somos discípulos de Cristo y que lo que hacemos es aceptar lo que de bueno encontramos en Lutero y en Calvino, como en Anselmo de Cantorbery, en Agustín, en Ambrosio, en todas las grandes lumbreras del cristianismo? ¿Qué se propone el señor Aguayo al protestar de sus deseos de no ser protestante? ¿Qué es su manifiesto sino una larga protesta contra los errores de la Iglesia romana? Deponga el señor Aguayo el temor que parece inspirarle el nombre de protestante, que, despues de todo, un nombre poco ó nada significa.

Otra pregunta y hemos terminado. ¿No piensa el señor Aguayo hacer mas reformas en la Iglesia que las indicadas en las bases 3.^a, 4.^a y 5.^a de su nota? Pues entonces está demas la base 1.^a El señor Aguayo no puede aceptar mas que la doctrina enseñada en el Nuevo Testamento, y ahora le preguntamos: ¿cree que el culto á las imágenes, la confesion auricular, las indulgencias, la misa y el purgatorio están enseñados en el Nuevo Testamento? Deseariamos que nos contestara el señor Aguayo.

DISCURSO

acerca de la infalibilidad, pronunciado en Roma por monseñor Strossmayer.

Nuestros lectores recordarán el nombre del sábio y elocuente prelado que con tantas fuerzas se opusiera á la declaracion del dogma de la infalibilidad, monseñor Strossmayer, y tambien de la honda sensacion que causara su discurso pronunciado en el Vaticano. Hoy publicamos ese discurso que ha visto la luz pública en Florencia con el título de *El Papa y el Evangelio*. En LA LUZ del 23 de abril de 1870 hallarán nuestros lectores una corta biografía del sábio obispo croata.

Dice así el discurso:

«Venerables padres y hermanos: No sin temor,

pero con una conciencia libre y tranquila delante de Dios que me vé, tomo la palabra en medio de vosotros en esta augusta asamblea.

Desde que en ella tomé asiento, he seguido con marcada atencion todos los discursos pronunciados en esta sala, ansiando que un rayo de luz, bajando de arriba, iluminase mi inteligencia y me permitiese tomar parte en las votaciones de los cánones de este santo Concilio ecuménico con un entero conocimiento de causa.

Penetrado del sentimiento de mi responsabilidad, de la que Dios me pedirá cuentas, me he puesto á estudiar, con el mas escrupuloso cuidado, los escritos del Antiguo y Nuevo Testamento, y he pedido á esos respetables monumentos de la verdad por doctores á San Pablo, San Pedro, Santiago y San Juan, doctores á quienes nadie puede negar la divina autoridad, lo que la Biblia, que está delante de mí nos enseña, y lo que el Concilio tridentino ha proclamado como *regla de la fé y de la moral*.

Para resolver esta grave cuestion, me he visto momentáneamente obligado á hacer abstraccion del presente estado de cosas y de trasportarme en espíritu, con la antorcha evangélica en la mano, á los tiempos en que ni el ultramontanismo ni el galicanismo existian; pero en los cuales la Iglesia tenia por doctores á San Pablo, San Pedro, Santiago y San Juan, doctores á quienes nadie puede negar la divina autoridad, lo que la Biblia, que está delante de mí nos enseña, y lo que el Concilio tridentino ha proclamado como *regla de la fé y de la moral*.

He abierto esas sagradas páginas, y ¿osaré decirlo? no he encontrado en ellas nada que sancione, en mayor ó menor grado, la opinion de los ultramontanos. Más aun, con gran sorpresa mia, no encuentro un solo ejemplo, en los tiempos apostólicos, de un Papa sucesor de San Pedro y Vicario de Jesucristo, como nada encuentro de Mahoma que por entonces no existia.

En cuanto á vos, monseñor Manning, puede ser que digais que estoy blasfemando, y vos, monseñor Pio, que estoy loco.

¡No, monseñores, ni blasfemo ni estoy loco! Y ahora, despues de haber leído todo el Nuevo Testamento, declaro delante de Dios, con la mano levantada hácia el gran Crucificado, que no he encontrado la menor traza del Papado, tal como existe en este momento.

No me refuseis vuestra atencion, venerables hermanos, y con vuestros murmullos é interrupciones nos justificais el dicho de los que, como el padre Jacinto, sostienen que nuestros votos han sido de antemano emitidos. Si tal cosa fuera verdad, esta augusta asamblea, hácia la cual en este momento están dirigidas las miradas de todo el mundo, caeria en un vergonzoso descrédito. Si deseais que ella sea respetable, debeis ser vosotros liberales.

Doy las mas espresivas gracias á su excelencia monseñor Dupanloup por el signo de aprobacion que ha hecho con la cabeza, y algun tanto animado, prosigo.

Habiendo leído los sagrados libros con todo el cuidado de que soy capaz, no he encontrado un solo capítulo, ni el mas pequeño versículo que indique que Jesucristo confirió á San Pedro la preeminencia sobre los otros apóstoles, sus compañeros de trabajo.

Si en efecto Simon, el hijo de Jonás, hubiese sido lo que hoy día Su Santidad Pio IX piensa ser, es verdaderamente sorprendente que Cristo no dijera á sus apóstoles: «Cuando me haya ido con mi Padre, debereis todos obedecer á Simon Pedro como si fuera á Mí mismo. Le establezco como mi Vicario sobre la tierra.»

Pero no solamente Jesucristo no nos dice nada acerca de ese particular, sino que entra tan poco en su idea el dar una cabeza á la Iglesia, que cuando Él promete tronos á sus apóstoles, para juzgar las doce tribus de Israel (Mat., xix, 28) les promete doce, uno para cada uno, sin decirles que entre esos tronos uno será superior á los demas, y que ese uno pertenece á Pedro. Indudablemente, si Jesucristo hubiera deseado que así fuera, lo hubiera indicado.

¿Qué es lo que se debe deducir de ese silencio? La lógica nos dice que Jesucristo no ha querido hacer á Pedro la cabeza del colegio apostólico.

Quando Jesucristo envia los apóstoles para conquistar el mundo, á todos les confiere iguales poderes para atar y desatar, y á todos les hace la promesa de darles su santo espíritu. Permitidme que os lo repita: si Él hubiera deseado constituir á Pedro como Vicario suyo, le hubiera dado el mando en jefe sobre su ejército espiritual.

Jesucristo (segun dicen las Santas Escrituras) prohibió á Pedro y á sus compañeros de enseñorearse ó ejercer potestad alguna sobre los fieles, como hacen los reyes de las gentes. (Luc., xxi, 25.) Si San Pedro hubiera sido elegido Papa, Jesús no hubiera hablado así, porque segun nuestra tradicion, el Papado tiene en su mano dos espadas, símbolos del poder espiritual y temporal.

Hay una cosa que me ha sorprendido mucho. Reflexionando acerca de ella, me he dicho: ¿si Pedro hubiere sido elegido Papa, hubiesen permitido sus compañeros que fuese enviado con San Juan á Samaria para anunciar el Evangelio del Hijo de Dios? (Act., viii, 14.)

¿Qué pensaríais, venerables hermanos, si en este mismo momento permitiésemos que enviaran á Su Santidad Pio IX y á su excelencia monseñor Planter, al patriarca de Constantinopla para suplicarle que pusiese término al cisma de Oriente?

Pero hay un hecho mucho mas importante todavía. Un Concilio ecuménico se habia reunido en Jerusalem para decidir sobre las cuestiones que dividian á los fieles. ¿Quién hubiera convocado aquel Concilio si San Pedro hubiera sido Papa? San Pedro. ¿Quién le hubiera presidido? San Pedro. Pues bien, nada de eso sucedió. Nuestro apóstol asistió al Concilio como los otros, y no fué él el que desempeñó el papel principal, sino Santiago, y cuando los decretos fueron promulgados, fué en nombre de los apóstoles, los ancianos y los hermanos. (Act., xv.)

¿Es eso lo que nosotros practicamos en nuestra Iglesia? Cuanto mas lo examino, venerables hermanos, tanto mas me persuado de que en las Santas Escrituras el hijo de Jonás no aparece como siendo el primero. Mientras nosotros enseñamos que la Iglesia está edificada sobre San Pedro, San Pablo, cuya autoridad no puede ponerse en duda, nos dice en la Epístola á los Efesios (ii, 20) que está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo.

Y el mismo apóstol cree tan sumamente poco en la supremacia de Pedro, que abiertamente vitupera á los que dicen «somos de Pablo, somos de Apolós,» como á los que quisieran decir somos de Pedro.

Pero no obstante, si este último apóstol hubiese sido el Vicario de Jesucristo, San Pablo ya hubiera tenido buen cuidado de no censurar tan violentamente á los que invocaban el nombre de su colega.

El mismo apóstol Pablo, enumerando los diferentes cargos de la Iglesia, menciona los apóstoles, profetas, evangelistas, doctores y pastores.

¿Es de suponer, venerables hermanos, que San Pablo, el gran apóstol de los gentiles, hubiera olvidado el primero de esos cargos, el Papado, en caso de que el Papado hubiese sido de institucion divina? Ese olvido me parece tan imposible como si un historiador de este Concilio no hiciese mencion de Su Santidad Pio IX. (Varias voces: ¡Silencio, hereje, silencio!)

Calmaos, venerables hermanos, que aun no he concluido. Si me impedis que prosiga, demostrareis al mundo que practicais el error, y que no os atreveis á escuchar la palabra del miembro mas insignificante de esta asamblea. Dicho esto, continúo.

(Se continuará.)

CATECISMO DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

SOBRE EL CREDO.

Pregunta. ¿Quién hizo el Credo?

Respuesta. Los cristianos de los primeros siglos de la Iglesia.

P. ¿No fueron los apóstoles?
 R. No señor; pero se llama símbolo de los apóstoles porque todo lo que el Credo contiene está enseñado en los escritos apostólicos.
 P. ¿Para qué se hizo?
 R. Para oponer los hechos fundamentales del cristianismo á las absurdas invenciones de los que se llamaban cristianos sin serlo.
 P. Y nosotros, ¿para qué lo decimos?
 R. Para confesar nuestra fé, de la cual es el Credo una especie de resumen.
 P. ¿Tan ciertas son las cosas contenidas en el Credo y que aceptamos por la fé?
 R. Como que las ha revelado Dios en su Santa Palabra y Dios no puede engañarse ni engañarnos.
 P. ¿De dónde sabeis vos haberias dicho Dios?
 R. De la Santa Biblia, escrita por hombres que Dios ha iluminado con su divino Espíritu.
 P. ¿Es necesario creer para salvarse?
 R. Tanto, que sin fé nadie puede ser declarado justo ni ser salvo.
 P. ¿Y en quién es necesario creer?
 R. En Jesucristo que Dios ha enviado al mundo para que buscara y salvara lo que se habia perdido.
 P. ¿Podria salvarse el hombre con fé sola?
 R. Sí señor, con tal que su fé sea la verdadera.
 P. ¿Qué entendéis por fé verdadera?
 R. Ya he dado una definicion al hablar de las obligaciones del cristiano.
 P. Y las buenas obras, ¿no son necesarias?
 R. Tan necesarias que sin la santidad nadie verá al Señor; mas no son las buenas obras las que nos salvan, sino el amor gratuito de Dios manifestado en Jesucristo.
 P. ¿Podeis explicarme algun tanto lo que acabais de decir?
 R. Sí señor. Todo el que posee la verdadera fé hace buenas obras; pero las buenas obras ordenadas y queridas por Dios; las buenas obras que estamos en el deber de hacer, no son meritorias en modo alguno. Aquel que hace lo que debe ningun mérito ha contraído.
 P. Pero, ¿podria salvarse un hombre sin practicar las buenas obras?
 R. Casos se han dado, como por ejemplo, el ladrón crucificado con Cristo, que creyó, y Cristo le aseguró que en aquel mismo día estaria con Él en el Paraíso.
 P. El Credo y los Artículos, ¿son una misma cosa?
 R. Sí señor, con algunas ligeras diferencias.
 P. ¿Pues y las cinco que añade el Credo?
 R. No se oponen á lo contenido en los artículos.

SOBRE LOS ARTÍCULOS.

P. ¿Qué son los Artículos de la Fé?
 R. Los principales misterios de ella.
 P. Digisteis que el primero es creer en Dios; ¿qué entendéis vos por Dios?
 R. Un ser infinitamente bueno, sábio, poderoso, principio y fin de todas las cosas.
 P. Este Dios, ¿es una persona sola?
 R. No señor, sino tres en todo iguales.
 P. ¿Cuáles son?
 R. Padre, Hijo y Espíritu Santo.
 P. El Padre, ¿es Dios?
 R. Sí señor.
 P. El Hijo, ¿es Dios?
 R. Sí señor.
 P. El Espíritu Santo, ¿es Dios?
 R. Sí señor.
 P. ¿Son por ventura tres Dioses?
 R. No, sino uno en esencia y trino en persona.
 P. ¿Tiene Dios figura corporal como nosotros?
 R. No, porque Dios es espíritu puro.
 P. ¿Cómo es Dios Todopoderoso?
 R. Porque con solo su poder hace cuanto quiere.
 P. ¿Cómo es Dios Criador?
 R. Porque crió todo cuanto existe.
 P. ¿Cómo es Dios Salvador?
 R. Porque nos dá la gracia y perdona los pecados.
 P. ¿Qué le mueve á darnos su gracia?

R. La gran bondad suya y los merecimientos de Cristo.
 P. ¿Qué cosa es gracia?
 R. Una disposicion de Dios, libre y gratuita, que le decide á perdonarnos en Cristo, aunque no lo merecíamos, para hacernos hijos suyos y herederos de su gloria.
 P. ¿Qué privilegios nos concede esa gracia?
 R. El ser llamados hijos de Dios y el poder acercarnos con toda confianza al trono de su misericordia para recibir toda clase de bendiciones.
 P. ¿Por qué medios se adquiere la gracia y crece despues de habida?
 R. El mejor medio es la oracion presentada á Dios en el nombre de Jesucristo y la obediencia á la voluntad soberana del Señor.
 P. ¿Cómo es Dios Glorificador?
 R. Porque glorificó á su Hijo unigénito y glorificará también á todos los que guardan la fé en Él.
 P. ¿Quiénes son los que van al purgatorio?
 R. Señor, no tengo conocimiento de ese lugar.
 P. ¿La Iglesia de Roma habla sin embargo del purgatorio?
 R. Puede ser que esa Iglesia haya inventado el purgatorio para su uso particular; pero en la Santa Biblia ni una palabra se dice de ese lugar, y creo que nadie irá á él, puesto que no existe.
 (Se continuará.)

LA PROFECÍA DE SANTA HILDEGARDA Y LOS JESUITAS.

Santa Hildegarda, fundadora y abadesa del monasterio de San Ruperto, en Binghen, á orillas del Rin, nació en el año 1100 de nuestra era. En 1178 vió visiones, cuyo relato publicó con autorizacion del Papa Eugenio III. No sabemos si la buena abadesa previó lo que sucederia en el trascurso de los tiempos, ni si quiso retratar á los tan tristemente célebres padres jesuitas; pero como quiera que sea, la profecía se adapta tan bien á ellos, que todos, excepto los interesados, convienen en que es un retrato á la pluma de los discípulos de Loyola. Hé aqui algunos párrafos de la profecía:

«Aparecerán unos hombres que medrarán con los pecados del pueblo: se titularán mendicantes: su comportamiento demostrará que han desechado la vergüenza y el pudor. Predicarán continuamente en presencia de los príncipes de la Iglesia, sin alegar el ejemplo de un verdadero mártir, para obtener las alabanzas de los hombres y el aprecio de la gente sencilla. Usurparán á los verdaderos pastores el derecho de administrar los sacramentos. Robarán las limosnas á los pobres, á los enfermos y á los desvalidos, mezclándose familiarmente con el populacho para conseguir su objeto. Se insinuarán familiarmente con las mujeres para enseñarlas á engañar á sus maridos y á cederles sus bienes oculta-mente. No tendrán escrúpulo en aceptar toda clase de bienes mal adquiridos, prometiendo rogar á Dios por los que se los regalen....

«El pueblo, no obstante, irá entibiándose al conocer por esperiencia que son unos seductores.... y les gritará.... Acordaos que no practicábais ningun bien; que blasonábais de pobres en medio de vuestra opulencia; de humildes á pesar de vuestro orgullo; de piadosos siendo los mas endurecidos á la vista de las miserias y las necesidades de los otros; de dulces y pacíficos siendo calumniadores, perseguidores, aficionados al mundo, ambiciosos, amigos de honores, traficantes de indulgencias, semilleros de discordias, mártires afeminados, confesores estipendiados, hombres que todo lo sacrifican á la comodidad y á la glotonería, ocupados incesantemente en comprar y edificar casas.... No queremos vivir mas bajo vuestra direccion, ni dar oídos á vuestras máximas.»

Al llegar aquí se nos ocurre que, no solo los jesuitas son los que se hallan descritos en la profecía, pues también muchas órdenes religiosas se han presentado en el mundo revestidas con los mismos ca-

racteres. Los frailes hicieron una cruel y acerba guerra á los obispos y clérigos, los cuales, fuerza es confesarlo, no valian en su generalidad mas que ellos; los frailes se presentaron á las gentes sencillas como hombres llenos de desprendimiento que no aspiraban mas que á las riquezas celestiales, y poco faltó para que la mitad del mundo les perteneciera; ellos se introducian en las familias, seducian á las pobres mujeres y á los moribundos para que todos sus bienes pasaran á la órden que representaban; ellos disponian de las indulgencias que á manos llenas prodigaban sobre todos aquellos que los favorecian; ellos, en una palabra, fueron un continuo semillero de discordias, del que por fortuna nos vemos desembarazados en nuestra patria.

Pero los que mas han acentuado estos rasgos, son, á no dudarlo, los hombres de la Compañía de Jesús. Hábiles, instruidos, admirablemente organizados, han sabido introducirse en todas partes y arreglarlo todo segun su capricho.

Su moral ha corrido parejas con su religion: esta es la negacion completa de la evangélica; aquella es relajada é inmoral hasta lo sumo. Todos conocen las famosas reservas mentales en virtud de las cuales un jesuita podia mentir á su sabor y con todo descaro, las distinciones entre los pecados, las malas acciones que eran agradables á Dios, el permiso concedido para privar á su semejante de la vida en circunstancias dadas, la famosa máxima de que el hombre puede salvarse sin haber amado nunca á Dios, y otras enormidades que con mas vigor que nadie ha puesto de manifiesto Pascal en sus célebres *Cartas provinciales*.

Algunos párrafos de los Reglamentos reservados, escritos por el cardenal Aquaviva á fines del siglo XVI, darán á conocer el móvil poderoso á que obedecia la Compañía de Jesús:

«Lo primero que debe hacer la Compañía al establecerse en alguna poblacion, es ostentar caridad y desinterés, empezando por ejercitarse en los servicios mas humildes de los hospitales, ponderar la pobreza de la órden, y entregar á los pobres las pequeñas limosnas, para que entusiasmados los que no la conozcan, sean con ella mucho mas generosos.

«Cuidese mucho de exajerar á las viudas ricas nuestras necesidades, porque con estas exajeraciones se les sacarán considerables limosnas y sumas, aunque sea con violencia.

«Prediquen los nuestros en todas partes y promulguen en las conversaciones que venimos á enseñar niños y socorrer á los pueblos; que todo lo hacemos de gracia y sin escepcion de persona alguna, y que no somos gravosos á la república como las otras religiones.» (Capítulo 1.º de los Reglamentos.)

Uno de los capítulos mas largos de los Reglamentos, y donde mas abundan las explicaciones, es el que se ocupa del modo de atraer á las viudas ricas:

«Sean las tales viudas visitadas á menudo, incitadas con alegres coloquios, historias espirituales y dichos graciosos, segun el humor é inclinacion de cada una.

«Si no hubiese peligro de inconstancia y se conociese que son fieles á la Compañía y liberales para con ella, concédaseles todo cuanto pidiesen para saciar la sensualidad, pero con moderacion y sin escándalo.»

Es hasta donde pueden llevarse la hipocresía y el cinismo. Y cuando se piensa que esos hombres son los que dirigen hoy los destinos del catolicismo romano y disponen á su capricho de las decisiones papales, hay motivos suficientes para affigirse y para desear con ansia que se cumpla en todas sus partes la profecía de Santa Hildegarda, es decir, que el pueblo grite á esos hombres funestos para la paz y tranquilidad pública: «No queremos vivir mas bajo vuestra direccion, ni dar oídos á vuestras máximas.»

LA ORACION.

Dulce plegaria que, como el ave,
Subes veloz,
Dí tú en el cielo lo que no sabe
Decir mi voz.

Tierno suspiro que el alma exhala,
Llega hasta Dios:
Corazon mio, póntele de gala,
Vé de él en pos.

Que mi plegaria sincera y pura
Llegue hasta Ti;
Que acabe pronto la noche oscura
Que llevo en mi.

Rico venero de bienandanza
Es la oracion:
No tengo há mucho ni otra esperanza
Ni otra pasion.

Santa plegaria que al cielo subes,
Sé mi sosten;
Escala el éter, rasga las nubes,
Márchate y ven.

Dime en el cielo lo que sucede,
Lo que hay allí;
Porque mi alma vivir no puede
Ya mas aquí.

Vierte en mi pecho tu dulce aroma,
Santa oracion,
Toma mi alma, mi vida toma,
Que tuyas son.

Santa plegaria, yo me confío
En tu bondad;
Dáme, por ella, dáme, Dios mio,
Felicidad.

Yo diré ¡oh Eterno! cuando te ofendas:
«Héme, aquí estoy;
Tu santa ira que no se encienda,
He orado hoy.»
ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.
Cartagena 5 de agosto de 1871.

EL NIÑO SUIZO Ó ¿QUÉ ES LA FÉ?

Un padre y su hijo viajaban un día á pié por un sendero de los Alpes, cojiendo á su paso las vistosas flores con que el suelo está tapizado en esos parajes. El padre llevaba en la mano un largo palo con un fuerte garfio de hierro en la punta, del que se servía para cojer los arbustos y flores que se encontraban fuera de su alcance. Mas de una vez habia dicho á su hijo que no se separase de su lado, y sobre todo que no se aproximase á los precipicios; pero este, sin hacer caso de sus consejos y con el deseo de cojer un gran manojo de hermosas flores, bajó por un declive herboso, su pié resbaló sobre el césped, y sin poder detenerse, cayó y rodó hasta el borde del precipicio, en donde se asió desesperadamente á unos arbustos que habian crecido en su orilla. El grito de terror que lanzó el imprudente niño, advirtió á su padre el grave riesgo que corría. Y en efecto, grande era el peligro que le amenazaba. Suspendido de los arbustos, con todo el cuerpo en el aire, con la cabeza cubierta por el follaje bastaba con que el arbusto se hubiera desarraigado, y el pobre niño se habria hecho pedazos en el fondo del abismo. Su padre no podia acercarse á él porque hubiese corrido igual suerte: no habia mas medio de salvacion que uno solo. Es costumbre viajar por los Alpes con una blusa blanca de lienzo, ceñida al cuerpo por un cinturon, y si el padre lograba cojerle por el cinturon, que era bastante fuerte, podia

salvar al hijo de sus entrañas. Solo que para salir de tan grave apuro, debia el niño soltar los arbustos, de los cuales estaba colgado.

El pobre muchacho no veía á su padre, ni sabia cómo este le tenia asido; no oía mas que su voz que le decia: «Suelta el arbusto, hijo mio, que yo te salvaré.» Soltarlo era perder toda su seguridad; pero como tenia confianza en la palabra de su padre, hizo lo que este le mandaba, é inmediatamente se encontró en sus brazos. En aquel mismo instante el arbusto á que el niño estaba asido y que con el peso habia ido saliendo de la tierra, cayó al fondo del precipicio.

Su fé le habia salvado; la confianza en la palabra de su padre le devolvía la vida que estaba á punto de perder. Si hubiera titubeado un solo momento, si hubiera perdido el tiempo en preguntar á su padre cómo le tenia asido, habria caido sin remedio con el arbusto en el abismo; pero creyó y se salvó.

Esto mismo es lo que dá á entender la Biblia cuando nos dice que somos salvos por la fé. Nuestro Señor Jesucristo nos manda que creamos en Él para salvarnos, y nosotros debemos confiarnos en Él abandonando todo aquello que parece proporcionarnos seguridad en este mundo. Y si á Él nos sometemos; si á Él nos abandonamos para que haga con nosotros lo que mas le plazca, Él nos salvará, porque así lo ha dicho.

Cuando el niño se halló de nuevo en los brazos de su padre, ¿no creéis que pondria sumo cuidado en no volver á acercarse á los precipicios; no creéis que le amaria mas que nunca y que pondria un especial cuidado en complacerle? Otro tanto deben hacer los que han creído en Jesucristo. Deben amarle y esforzarse en serle agradables por cuantos medios estén á su alcance. Deben temer el caer de nuevo, y para evitar el peligro, procurarán asirse á su brazo fuerte que todo lo puede. Si la tentacion los asalta, deben acudir á Él para que les dé fuerzas con que rechazarla, y Él «sustentará sus pasos en sus caminos para que sus piés no resbalen.» (Salmo xvii, 5.)

PARA LOS PREDICADORES.

PLAN DE UN SERMON
SOBRE EL TEXTO GÁLATAS, VI, 14.

«Mas lejos esté de mi gloriarme, sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.»

Exordio. Históricamente considerada, la cruz es un instrumento de suplicio, el mas afrentoso que en la antigüedad se conociera. La ignominia acompañaba ese género de muerte reservado á los esclavos, y San Pablo que lo sabia, al presentar al Mesías prometido clavado en una cruz y coronado de espinas, conoce mejor que nadie la burla que su predicacion vá á provocar, y para no conceder al mundo la satisfacion de ser el primero en acusar al cristianismo de locura, le designa él mismo con este título que reclama como un sublime privilegio. Y no solo confiesa que la predicacion de la cruz es una locura (1.º á los Corintios, i, 18) sino que se gloria en ella.

La nocion ha cambiado hoy por completo. Ahora la cruz es una especie de ídolo para muchos. De todos modos, si un predicador fiel anuncia con fidelidad la cruz de Cristo; si dice que de ella ha brotado la salvacion del mundo y que es necesario creer en un crucificado para obtener la vida eterna, los incrédulos é indiferentes dirán que nuestra predicacion es una locura, como lo afirmaban en tiempo de San Pablo.

Sin embargo, el cristiano se gloria en la cruz, por qué:

Division. 1.º Ella es la revelacion completa del amor y la santidad de Dios.

2.º Ella ha realizado preciosas conquistas en el pasado y ha regenerado al mundo.

3.º Ella es una predicacion constante y eficaz de todas las virtudes.

PRIMERA PARTE.

A. Dios es bueno, dicen todos, aun hasta aquellos que apenas se acuerdan de Dios. Nuestra razon no puede concebir un Dios que no posea el atributo de la bondad, consiento en ello; pero decidme: vosotros lo que no aceptais la muerte de Cristo como sacrificio expiatorio, ¿de dónde deducís que Dios es bueno? ¿En dónde habeis encontrado las pruebas de su bondad.

Me direis que la naturaleza canta las alabanzas del divino amor, y no seré yo quien lo niegue; pero cuando veo que los mares se alborotan y sepultan bajo sus agitadas olas cien buques en un dia; cuando la tierra se conmueve, se abre y sepulta ciudades enteras con todos sus habitantes; cuando una madre cierra los ojos del hijo de sus entrañas difunto, mientras que los rayos de un sol de primavera juguetean en la misma habitacion en donde la muerte reina; cuando el pobre jornalero enfermo ha consumido sus ahorros y oye llorar á sus hijos sin tener un pedazo de pan que darles, ¿creéis cosa fácil admitir y probar que la bondad de Dios se revela en la naturaleza?

Pero si en vez de buscar pruebas del amor de Dios en la naturaleza las buscáis en la cruz, cuán fácil es creer en la bondad de Dios. En la muerte de su Hijo el muy amado, Dios levanta el velo que cubre sus perfecciones infinitas y se revela tal y como es en realidad. ¿Qué obras, qué milagros mejor que el de la muerte del santo y del justo probarán el amor de Dios hácia los pecadores? Recorred el universo de parte á parte, subid hasta esos astros que su mano pródiga ha sembrado en los espacios inmensos, bajad hasta las profundidades del abismo, que el mundo entero os revele sus secretos, ¿en dónde hallareis un amor como el de un Dios que por puro amor ofrece en sacrificio sobre una cruz ignominiosa á su Hijo para que los pecadores obtengan la vida eterna? Gloriémonos, pues, en la cruz de Cristo, porque la cruz de Cristo es el mas elocuente comentario de la definicion profunda y sublime de San Juan: Dios es amor.

B. Si la cruz es la revelacion perfecta del amor de Dios, tambien es la perfecta revelacion de su santidad. ¿Cuánto horror debe inspirar á Dios el pecado, cuando para espiarlo ha tenido que morir en una cruz su divino Hijo! Difícil sería decir lo que mas claramente predica la cruz, si el amor ó la santidad de Dios, puesto que amando Dios al hombre con amor de padre y queriendo que fuese salvo ha entregado á la muerte á su Hijo para que el pecado no quedara sin castigo.

¿Quién creería en la santidad de la ley divina sin esta reparacion sangrienta ofrecida por Cristo? Por eso San Pablo se gloria en la cruz y en ella debemos gloriarnos nosotros tambien.

SEGUNDA PARTE.

Pero, ¿qué tiene de extraño que los apóstoles se gloriaran en la cruz si despues de haber sentido en sus almas su divina eficacia habian realizado con ella las mas grandes y sorprendentes conquistas? La cruz habia conmovido al paganismo en sus sólidos cimientos: con la predicacion de la cruz habian regenerado al mundo antiguo. (Esponer, si se quiere, el estado del mundo á la venida de Jesucristo.) Sin la doctrina de la cruz los apóstoles no hubieran hecho nada. El divino fundador de nuestra religion antes de morir no consiguió agrupar á su alrededor nada mas que un corto número de discípulos, y aun estos le abandonaron al primer soplo de la persecucion.

La Iglesia, la esposa de Cristo no se ha mostrado nunca tan resplandeciente de belleza como en los tres primeros siglos de nuestra era, porque nunca ha vivido tan cerca de la cruz como en aquella época en que estaba, por decirlo así, crucificada con su divino Redentor.

Y cuando la corrupcion del clero hizo necesaria la Reforma, esta triunfó con la doctrina de la jus-

tificación por la fé, es decir, que los reformadores pusieron toda su esperanza en la cruz de Cristo.

Hoy los misioneros atacan al mundo pagano en sus últimas trincheras al grito de ¡Cristo ha muerto en una cruz! porque hoy, como en tiempo de San Pablo, como en el siglo XVI, como en todos los siglos, los cristianos evangélicos se glorían en la cruz: no en la cruz material, entendedlo bien; nosotros no confundimos, no queremos confundir al Crucificado con el crucifijo; nosotros no nos arrodillamos delante de una cruz de metal ó de ébano, no la sacamos en procesion; pero la persona viva del Crucificado, la cruz recibida en el corazón por la fé, como nuestra única esperanza en la vida y en la muerte, la contemplacion espiritual de Jesús, ¿en dónde existe, si no existe en nuestra Iglesia? En nuestra Iglesia, en donde no se afronta á Cristo hasta el punto de creer que su espacion no es bastante para abrirnos las puertas del cielo, como es el caso en otra Iglesia en donde se inventan mil medios para obtener la vida eterna; en nuestra Iglesia, en donde se dá á Cristo, y á Cristo solo, el título de medianero y abogado; en nuestra Iglesia, en fin, en donde se cree y se confiesa que todo quedó consumado cuando el Hijo del hombre espiró sobre la cruz.

Sí, pues, hay aquí algunas almas trabajadas y cargadas que entre lo principal y lo accesorio deseen escoger lo principal; si el fuego de lo divino no se ha extinguido en sus almas, agrúpanse alrededor de Cristo para predicar con palabras y obras la cruz en que murió, siempre la cruz, solo la cruz.

TERCERA PARTE.

4. Y nos gloriamos en ella porque es una predicacion constante de la virtud.

1.º La cruz predica el amor, la virtud por excelencia, la que contiene en gérmen todas las demas virtudes.

2.º La cruz predica la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. (Hebreos, xii, 14.)

3.º La cruz predica la humildad, la humildad del que supo anonadarse hasta la muerte. (Filipenses, ii, 8.) (El predicador podrá enumerar otras virtudes.)

PERORACION.

Y ahora á vosotros me dirijo, queridos hermanos, para suplicaros en nombre de Dios y de vuestras almas inmortales que busqueis en la cruz de Cristo vuestro perdon, vuestra santidad, vuestra paz y vuestro consuelo. De vosotros depende el obtener hoy la vida eterna; creed verdaderamente en Cristo con una fé personal y viva, y formad el firmísimo propósito de no gloriaros de hoy en adelante en vuestros méritos y justicia propia, sino única y esclusivamente en la cruz de Cristo.—Amen.

LA PALABRA MÁGICA.

Tomamos este interesante hecho de nuestro apreciable colega *El Cristiano*:

«Hacia un año que Antonio S... ambicionaba una cajita de soldados de plomo que habia visto en Madrid en una tienda de juguetes de la calle de Carretas.

Un dia recibió una peseta de aguinaldo, precio justo del objeto de sus deseos, y salió como un relámpago en su busca.

Pero hé aquí que en el camino tropezó con un mendigo que tenia seca una mano.

—Señorito,—le dijo este con acento lastimoso,—una limosnita por Dios, que no lo puedo ganar.

Antonio se detuvo.

—Si le doy dos cuartos,—pensó dentro de sí,—no puedo comprar los soldados... y quedarme sin ellos despues de tanto desearlos... Otro le dará limosna.

Y volviéndose al mendigo,

—Que Dios le ampare á Vd.,—le dijo,—y siguió su camino.

Pero aun no habia andado cuarenta pasos cuan-

do una ciega acompañada de dos pequeñitos se acercó á él diciéndole:

—Niño, una limosnita, y Dios te lo pagará.

—¡Pobrecillos!—se dijo Antonio,—de seguro hoy no habrán comido nada... Voy á dar dos cuartos á cada uno...

Y sacó del bolsillo la peseta. Pero al verla, de nuevo recordó la caja de soldados y cambió de pensamiento.

—Otro les dará,—dijo para sí;—y volviéndose hácia los mendigos les contestó:

—Que Dios ampare á Vds.

Y echó á correr para no oírlos.

Pero hé aquí que casi llegaba á la tienda de juguetes, cuando vió á un anciano, cubierto de harapos, que se dirigia hácia él.

—No me detengo,—se dijo,—para que no me comprometa á socorrerle.

Pero era tarde, porque el anciano le cortó el paso, y mirando á Antonio con angustia, le dijo:

—Hijito, dame limosna por el amor de Dios.

El niño se detuvo repentinamente al oír esta palabra. Recordó que Dios nos ha dado por su amor la sangre, la vida y la gloria de su único Hijo, y sacando del bolsillo la peseta, dijo al anciano:

—Si Dios, por su amor, se quedó sin su querido Hijo para que yo viva, mi deber es que por el amor de Dios me quede sin mi deseada peseta para que Vd. coma.

Y poniéndola con respeto en la mano del mendigo se volvió Antonio á su casa dando gracias á Dios por haberle iluminado tan oportunamente.»

MEDITACION.

«Porque mejor es tu misericordia que la vida.»—(Salmo lxxii, 3.)

Vosotros los que teneis hambre y sed de un amor grande, ardiente, inmenso, mas perfecto que el que una pobre criatura puede ofrecer, si conociérais el don de Dios, le pediriais agua viva y El os la daría.

Vosotros los que decis con David: «Mis dias son como la sombra que se vá» y para quienes el sol no presta mas que una ténue claridad, ¿no pediréis á Jesús á la vista de esa noche terrible que se aproxima y durante la cual nadie puede trabajar, como los discípulos de Emmaus: «Quédate con nosotros porque se hace tarde, y el dia ya ha declinado?» El hombre se entristece cuando no vé mas tras sí que el sentimiento amargo de un pasado que nunca mas volverá, y delante algunos pobres goces que pronto, muy pronto desaparecerán por completo. La primera mitad de la vida se pasa deseando que llegue la última; y esta suspirando por la primera que ya no existe. Apenas hemos visto algunos buenos dias en nuestra vida, cuando ya están apareciendo la vejez, la enfermedad y la muerte. El hombre nace, dá algunos pasos por el camino de la vida, vá á mirarse en las cristalinas aguas del rio del tiempo, y no apercebe mas que el rostro de un anciano. Bien sabiamos al comenzar la vida que esta sería corta; pero ¿quien habia de figurarse que duraría tan poco, que sería tan breve?

Pues bien, en el momento en que la vida vá á desaparecer, ¿no amariais conocer algo que vale mas que la vida? Existe una cosa que vale mas, infinitamente mas, y es la misericordia de Dios. El conocimiento de este amor gratuito, desinteresado é inmenso; de este amor que no tiene límites, que es eterno, hace que nos rejuvenezcamos como el águila, y que del tronco carcomido de nuestra vida broten las hojas y las flores. El anciano que conociera y sintiera este amor, aun cuando estuviera próximo á lanzar su último suspiro, sería semejante al árbol que florece en el otoño; Dios borraría con su misericordiosa mano, no las arrugas de su frente, pero sí las de su alma; Dios ceñiría su frente con la diadema de la alegría mas pura y le daría, como á Simeon, una corona mas resplandeciente que la de sus blancos cabellos. ¿No quereis hacer la experiencia de la misericordia de Dios?

SOBRE LOS RESTOS DE UN SUICIDA.

Estaba un ángel llorando,
Sobre el pobre cuerpo muerto,
Y estas palabras decia,
Sollozando sin consuelo:

«Has muerto, existencia vana;
Has acabado, hombre ciego:
Ha sido tu cobardía
La muerte con que te has muerto.
Tuviste penas, corriente;
Mas penas. ¡Tuviste miedo!
Tus infortunios te ahogaron;
Fuiste tú, no fueron ellos.
Lloro por tí, pobre alma;
De tu crimen el recuerdo,
Ese será en la otra vida
Tu infierno y mas que tu infierno.
Barquilla que has zozobrado,
Merced á tus propios vientos,
La eternidad ya la tienes;
Voga en ella, marinero.
Los llantos que aquí vertias
¿Qué serán para lo eterno?
Como la arena del rio
Y la arena del desierto,
Arrancarse así la vida,
Por un dolor mas ó menos,
Es sustituirse á Dios,
Mandar el hombre en el cielo.
¡Vida, vida! ¡Estrella que arde
En un miserable cuerpo!
¡El derecho de matarte
Es un infame derecho!
Triste, silencioso llanto
Derramo sobre tus restos.
¡Encended, lágrimas mias,
Otra vez la vida en ellos!
Él se olvidó de sí mismo,
Y á las angustias del tiempo,
Queriendo escapar el triste,
Precipitóse en lo eterno.
¡Que la eternidad se apiade
De su locural Dios bueno,
A tus piés está el cadáver,
Le estás juzgando, ¿es aun tiempo?»

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

Cartagena 3 de agosto de 1871.

PROPAGANDA EVANGÉLICA.

Se nos ha remitido para su insercion en LA LUZ la siguiente circular que recomendamos eficazmente á nuestros lectores. Un folleto religioso dado á tiempo y previa oracion á Dios del que lo dá, puede ser un mensajero que prepare los corazones para recibir al Salvador. Dice así la circular:

«Nadie que lleva el nombre de cristiano debe permanecer ocioso en la obra de Cristo. «El que es conmigo no recoje, desparrama;» ha dicho Jesús, (Lúcas, xi, 23), y sabemos que el siervo inútil «fué echado en las tinieblas de afuera.» (Mat. xxv, 29.)

¿Qué puedo yo hacer por Aquel que tanto ha hecho por mí? Es la pregunta de todo corazón que ama á Jesús; porque nuestra conciencia nos dice que es necesario hacer algo por Él. Pero este algo es difícil hallarlo algunas veces. Dado que Jesús ha encomendado á cada siervo suyo su obra, ¿cuál será esta?

No todos pueden predicar, ni todos ser evangelistas, ni colportores; pero existe una obra cristiana en la que todos pueden tomar parte, obra tan importante como útil: la de repartir Tratados religiosos entre sus vecinos y amigos.

Pero la propaganda evangélica, cuyo objeto es estender el conocimiento de Jesucristo como el único Salvador de los hombres, no puede hacerse como la política; exige de los que se ocupen en ella que lo hagan con fé y con prudencia, que amen á Jesús, y sobre todo que oren continuamente para que los Tratados sean para los que los reciben algo mas que un papel impreso; que sean mensajeros de verdad para las personas en cuyas manos caigan.

Se invita, pues, á todos los cristianos españoles, y sobre todo á los pastores evangelistas y miembros de las iglesias ya formadas, á que cooperen á obra tan útil y necesaria, y los que deseen contribuir así por sus esfuerzos personales al adelantamiento del Evangelio en España pueden recibir los Tratados que necesiten, dirigiéndose á la Sociedad de Tratados por medio de su secretario L. B. Armstrong, Horno de la Mata, 7, segundo. Madrid.»

APUNTE HISTÓRICO.

Es cosa convenida entre los romanistas el pintar con mágicos colores el estado de la Iglesia romana en los siglos que precedieron al de la Reforma. Aquellos siglos han sido, en su sentir, la edad del oro del catolicismo, el *non plus ultra* de la piedad y de las buenas costumbres. Pues ahí vá ese hecho tomado entre mil que podríamos citar en prueba de que los romanistas no dicen verdad cuando tanto encomian la Edad Media.

Conocidas son las guerras que el emperador de Alemania, Federico Barbarroja, sostuvo con las repúblicas italianas para reducir las a la servidumbre. Victorioso unas veces y otras vencido, tuvo necesidad en una ocasion de permanecer seis años seguidos en Alemania; y como las repúblicas aumentaban en número y fuerza, envió contra ellas un cuerpo de ejército mandado por Cristiano, arzobispo de Maguncia, guerrero tan voluptuoso que consigo llevaba siempre un séquito de mujeres tan considerable, que el mantenimiento de su casa costaba mas que el de la del mismo emperador. Cristiano se servía en los combates de una enorme maza de hierro con la que en un dia mató á treinta hombres.

Y era tan comun ver en aquella época á los obispos batiéndose personalmente al frente de sus soldados y asolando los países para enriquecerse con sus despojos, que á nadie se le ocurría levantar su voz para condenar tantos desmanes. Estas eran la religion y las costumbres de los sacerdotes romanos en la Edad Media.

Señor don A. C.

CARTAGENA 8 de agosto de 1867.

Querido amigo: Si no estuviera convencidísimo de los absurdos que el catolicismo ha derramado en nuestras costumbres populares, el espectáculo que presencié há algunos dias me lo hubiera hecho comprender sobradamente. Era el dia de Santiago, del famosísimo Sant Yago, patron de las Españas, cuando lo eran. Los cañones, esos *perros de la guerra*, como los ha llamado el primer poeta de este siglo, aullaban sombríamente, anunciando al cielo que nos acordábamos un poco de aquel buen caballero, matador de moros y amparador de cristianos, y que hoy debe residir en lo alto aunque no sea mas que por esto, que en el cielo católico hay de todo, guerrilleros y frailes, *virgenes-viudas*, como Santa Rita, y bienaventurados caníbales, tostadores de carne humana, como el beato Arbues. Ello es que yo me acordaba en aquellos instantes del excelente Santiago, aun cuando no fuera mas que porque la Iglesia y el Estado me mandaban oficialmente y á son de cañon que me acordara un poco de él. Regocijábame yo allá para mis adentros pensando en los moros que debió matar el santo y en los pintores que le han representado con la flamígera espada en lo alto, el caballo blanco tradicional y una docena siquiera de cabezas de infieles á los pies del caballo, cuando sacóme de mi éxtasis el confuso ruido de muchas gentes que se aproximaban.

Eran las doce del dia y hacia un calor de 35 grados. El sol parecia un globo de fuego. El espectáculo que ofrecia el mar visto desde el muelle era admirable. Los rayos del sol incendiando las aguas; las ondas ténues y ligeras dejando caer muellemente su cabeza sobre la playa y muriendo en un suspiro que apenas se oia; el azul densísimo del cielo retratándose en las aguas; el mar quieto como un

lago y brillante como un espejo de plata; el viento dormido, las montañas fuertemente iluminadas, y los castillos que las coronan radiando de luz; gigantes cabalgando sobre otros gigantes; enfrente, hácia Oran, un puñado de blancas nieblas; los pescados apareciendo de cuando en cuando en la superficie y dibujando una línea de plata; las barquillas de los pescadores con banderolas y los buques del Estado empavesados; este era el cuadro. ¿Qué pasó? ¿Qué vértigo fué el que se apoderó de las gentes que estaban en el muelle? Yo no lo sé; pero lo que vi, fué que á la primer campanada de las doce, los unos ya desnudos, los otros medio vestidos, los demas como Dios les daba á entender, se arrojaron al mar. A lo lejos venian gentes corriendo para hacer la misma operacion. ¿Se habian vuelto locos todos? ¿Qué era esto? Lo pregunté. Era una costumbre católico-romana. Es una virtud para el uso esclusivo de esta localidad y que no sé entre qué virtudes la habrá incluido el catolicismo, si entre las teologales ó las cardinales, la de arrojar el dia de Santiago, á la primer campanada de las doce, al mar. ¿Tienen mas virtud—esta es frase tambien católica—las aguas del mar aquel dia? ¿Curan alguna clase de lepra? ¿Quién sabe la tradicion sobre que descansará esta costumbre!

Recordará Vd. quizás que en una de mis primeras cartas le hablaba del cadáver de una monja que habia sido llevado procesionalmente al cementerio. Despues he sabido que al lado de aquel cadáver encontraron el de un niño. Esto no me estraña, porque la historia de las escavaciones modernas nos dice que de cada cien casos los noventa y nueve son perfectamente iguales. Pero este milagro, que milagro debe ser hallarse el cadáver de un niño al lado de una vírgen del Señor, no vale nada en comparacion del que voy á relatarle.

Figúrese Vd. que en Alcaudete hay un niño verdaderamente prodigioso y digno de ser colocado en los altares. Dicen que tendrá de siete á nueve años. Apenas sabe hablar todavia, y los que le han visto aseguran que tiene un aire de tonto tan pronunciado que dá gozo el verle. Pero ello es que tonto, sin saber hablar y sin haber tenido tiempo para estudiar, cura, al menos así lo afirman las buenas y sencillas gentes de estas comarcas, todas las enfermedades habidas y por haber. Enfermedades del pecho, de la cabeza, enfermedades propias de las mujeres, nada hay que se le resista. Es un verdadero encadenador y desencadenador de demonios. Y hasta tal punto llega su ciencia y su paciencia, que cuando llega á él una persona que ninguna enfermedad tiene y que solo vá á burlarse de él, inmediatamente le descubre y le delata á los otros que van á demandarle la ayuda de sus maravillosos conocimientos. Como apenas se entiende lo que el celeste niño dice, su madre, que está siempre á su lado, se encarga de traducir á los enfermos el lenguaje sibilítico de aquel su hijo de bendicion. Cuando á mí me contaron todos esos absurdos no pude menos de decir allá para mis adentros: «Aquí hay algún presbítero de por medio.» Lo cierto es que en los alrededores de Alcaudete hay una verdadera supersticion por el tal muchacho. Los campesinos y muchos que no lo son, desdeñan á los médicos y van á pedir la curacion de sus enfermedades al niño milagroso. Tiene un trabajo impropio, pues recibe diariamente de setenta á cien personas. Calcule Vd. lo que ganará. No exige á los enfermos cuota fija. La dádiva es voluntaria, pero me han asegurado que no bajan de treinta á cuarenta duros los donativos diarios que recibe. En fin, afortunadamente para él, hoy ya no hay judíos como los del siglo XVI, que se comian los niños crudos ó que los partian en pedacitos para comérselos, ó que los crucificaban, porque si así fuera, el tal niño es demasiado milagroso para que algun mal intencionado judío no propusiera á sus colegas el descuartizarlo, y el asarlo, y el comérselo, como el vulgo decia que habian hecho con el niño famosísimo de La Guardia en aquellos buenos tiempos de brujas y duendes, de beatas y bonetes. ¿Qué supersticion, qué aficion á lo maravilloso, qué ignorancia hay en nuestra patria! Muchos, muchísimos años serán precisos para

desarraigar la una y para estirpar la otra. Trabajemos, saquemos de continuo á la vergüenza hechos de esta índole, y llegará un dia en que los embaucadores y los embaucados se esconderán para siempre donde no pueda vérselos mas, corridos los unos de sus engaños y los otros de su credulidad y de su estupidez.

No quiero concluir esta carta sin delatarle algunos hechos que me ha referido un colportor que vaga por estas inmediaciones. Hallábase en Yecla nuestro hermano preparándose á salir para poner su puesto de Biblias y obras de controversia, cuando se presentaron en la posada donde residia unos cuantos clérigos, tres ó cuatro, y uno de esos rufianes que quieren matar á todo el mundo, especies de perdonavidas, cobardes forrados de asesinos. Preguntaron por el colportor, y al avistarse con él uno de los presbíteros, le dijo: «Necesito todas las Biblias que Vd. lleva.» Nuestro hermano se las dió; los curas las quemaron. Como era natural, el colportor les pidió su importe. «¿Su importe?—le replicó un clérigo:—en vez de él le daremos á Vd. un tiro.» El colportor se quedó atónito. ¿Era aquella la manse-dumbre católica? Hubo dimes y diretes, palabras, voces y otros escesos, hasta que viendo el pleito mal parado los clérigos tuvieron que pagar el importe de las Biblias. Pero los curas habian soliviantado al pueblo, y unos amigos del colportor pusieron un carro á su disposicion á cierta distancia de la poblacion para que, en caso de que corriera peligro, pudiese salvarse por la puerta falsa y llegar hasta él.

En Ayelo y en Cieza los respectivos alcaldes se opusieron á que se espendieran Biblias en ellos, y el de Cieza llegó á decir á nuestro hermano que se saliera del pueblo sin rechistar ni murmurar una palabra, porque él invocaba la Constitucion. ¿Qué autoridades son estas? ¿Qué Constitucion es esta que no sirve mas que para hollarla? ¿Los alcaldes de monterilla y los clérigos batalladores han de ser los perpétuos tiranos de las poblaciones rurales? ¿No ha llegado todavia la manumision para los campesinos? Cosas son estas que debieran ocupar la alta sabiduría de los nuevos ministros.

Soy de Vd. afectísimo amigo y hermano en Cristo,

A. SANCHEZ DEL REAL.

Aunque atrasada, publicamos con gusto la siguiente carta que da á conocer el trabajo que con incansable celo se prosigue en pequeños pueblos y aldeas apartadas de nuestra patria:

«Señor Don A. C.

Muy señor mio y de toda mi consideracion y respeto: En el mes de abril me hallaba yo espendiendo y distribuyendo la Palabra de Dios en la provincia de Granada. Un dia salí, en compañía de un amigo, á anunciar el Evangelio á un pueblecito inmediato. Al apearnos del tren nos encontramos con un jóven artesano, que al saber el objeto que nos llevaba allí, se brindó á acompañarnos en tan privilegiada mision; dos horas despues, á las once de la noche, los vecinos del pueblo de Escoznar abandonaban precipitadamente sus lechos y se reunian y se apiñaban en una calle para oír hablar de la misericordia de Dios y del amor de Jesucristo. Entonces tuve ocasion de admirar la grandeza divina; era la primera vez que se iba á tributar culto á Dios en espíritu y en verdad en aquel pueblo; se iba á celebrar en la pequeña cocina de una humildísima casa; todos los concurrentes estaban acostumbrados á frecuentar la imponente y majestuosa iglesia romana; aquella noche se reunian en un lugar donde no habia lámparas, no habia colgaduras, no habia imágenes, no habia altares, no habia ni aun siquiera sillas donde sentarse; acostumbrados á venerar casi con estúpido fanatismo á un sacerdote (*depósito de la verdad y de la ciencia*) lujosamente ataviado; iban aquella noche á oír la verdad, muy sencilla y muy pura; pero muy amarga y hasta muy cruel, presentada por un pobre y humilde colportor: sin embargo,

ancianas y jóvenes, hombres y niños, sentados en el suelo con el mayor orden, con el mas profundo y religioso silencio y con la mas fervorosa atencion, escuchaban las dulcísimas palabras de amor, de consuelo y de esperanza del Evangelio de paz: el mismo orden y la misma atencion se observaban en la entrada de la casa y en toda aquella calle. ¡Cuán-ta sencillez y cuánta sinceridad! ¡Qué admirablemente recibieron la Palabra de Dios!

Al día siguiente, desde las cinco de la mañana hasta las doce de la noche, desde el pueblo de Escoznar hasta el de Illora, nuestro camino y nuestros descansos fueron una no interrumpida mision; pero fueron tambien un continuo triunfo de la verdad del Evangelio y de Jesucristo. ¡Qué de maravillas se ofrecieron á nuestros ojos! Los que formamos parte de aquella santa expedicion, no olvidaremos jamás, no podremos olvidar nunca aquellos momentos tan preciosos y aquel día tan feliz.

De Vd. con toda consideracion su afectísimo,
JOSÉ MARÍA SANTELICES.»

NOTICIAS VARIAS.

El presidente de la Asociacion de jóvenes cristianos de París, en su última circular, espresa una verdad reconocida en los círculos religiosos, y al-gun tanto fuera de ellos: «si hay alguna cosa cla-ramente demostrada, es sin duda alguna el que nuestra nacion solo podrá hacerse verdaderamente poderosa, grande y libre, cuando el Evangelio esté á la base de sus instituciones. La esperiencia lo ha demostrado; ni los partidarios de Voltaire, ni los discípulos de Loyola han hecho de nosotros un gran pueblo.

Que se le dé el Evangelio á la Francia y todo será salvado; y entonces nuestro pueblo tan abundantemente dotado en todos sentidos, será como el centinela avanzado de la humanidad, y preparará el camino para un porvenir de luz, de paz y de libertad.»

«Jóvenes cristianos de la Francia, clama el pastor Cook: ¡Socorro, socorro!

El mundo tiene necesidad de vosotros porque se halla sumergido en el mal, y vosotros podeis iluminándolo atraerlo á los piés del Salvador. La Iglesia no puede hacer eso sin vuestro concurso, porque á vosotros pertenece el ardor, la actividad y el entusiasmo. Manos á la obra, pues. Sed los primeros en las reuniones de oraciones, los mas activos repartidores de Tratados y de las Escrituras; mostraos los mas valientes en los ataques contra el mal y los mas enérgicos haciéndole resistencia; los mas intrépidos para anunciar á Jesucristo á tiempo y fuera de tiempo, y tened presente, para que cobreis ánimo, que vuestra obra no será desatendida por el Señor, y que la recompensa será grande en los cielos.»

Lo que sigue está tomado de una carta que ha dirigido un caballero que reside en la ciudad de Méjico á un comerciante de Nueva-York:

«Se presentó ante mí vista una numerosa congregacion de mejicanos, tanto hombres como mu-jeres, con sus hijos, adorando un Dios en espíritu y en verdad, lo que presentaba un gran contraste con lo que otras veces habia yo visto en el católico Méjico.

Gracias á los incansables esfuerzos de los señores Riley, Romero y otros contra la obstinada é inflexible oposicion del clero, el protestantismo se ha establecido sólidamente en nuestra hermosa república, por tan largo tiempo sumida en las tinieblas.

Conozco personalmente al Gobierno de Méjico y me consta que tiene vivos deseos de que la obra tenga buen éxito como un medio de civilizar un poco mas al pueblo y hacerle conocer sus deberes como ciudadanos.

Desde que Méjico lleva el nombre de república, el poder del catolicismo ha menguado mucho, y tantos conventos é iglesias como antes existian, se han convertido en cuadras y en tiendas, entretanto que millares de personas, habiendo perdido toda confianza en sus sacerdotes, han abjurado su fé y ahora en las tinieblas andan á tientas buscando la verdad.

A mi juicio no hay campo que parezca prometer mas que este para una obra de mision.

Dentro de pocos días se encargará de la direccion espiritual de la capilla evangélica sita en la plaza del Limon, el pastor D. Felipe Orejon, que hasta ahora ha desempeñado el cargo de pastor auxiliar de la iglesia del Redentor. Pedimos al Señor de las misericordias que bendiga á nuestro buen amigo en su nueva obra y que le conceda la dicha de ver que pronto se forma y se consolida una numerosa iglesia de verdaderos cristianos. No desconocemos las dificultades que ofrece una obra como la de la plaza del Limon; mas sabemos que todo lo puede el que ora y se confía sin reserva en la fuerza de Cristo.

Con este número recibirán nuestros suscritores un ejemplar del nuevo folleto religioso, recientemente impreso, *El cura y la Biblia*. Procuraremos remitirles todos los que en adelante vean la luz pública en esta capital.

Los anti-infalibilistas están de enhorabuena. Ya hemos dado cuenta de la eleccion del canónigo Döellinger para el cargo de rector de la Universidad de Munich. Pues bien, en la de Bonn ha sido derrotado el candidato adicto al Papa, y en la de Wurzburg ha sido elegido rector el profesor Reissmann, tambien opuesto al dogma de la infalibilidad.

Los pastores evangélicos de Sevilla y Córdoba, Sres. Cabrera y Fernandez, han participado al Consistorio que nada de particular ha ocurrido en sus respectivas iglesias durante el mes próximo pasado.

Ha vuelto á encargarse de la iglesia de Cartagena el pastor D. Miguel Trigo, un tanto repuesto de las dolencias que le aquejaban. Durante su ausencia ha predicado en la dicha localidad D. Andrés Sanchez del Real, mereciendo por su celo y sus trabajos la aprobacion y cariño de los fieles de Cartagena. El Sr. Sanchez regresará en breve á Madrid.

La situacion religiosa en Alemania toma cada día proporciones mas alarmantes para los romanistas. Es tal la repugnancia que la cuestion de la infalibilidad inspira á los católicos ilustrados, que puede darse por seguro que se formará una iglesia cristiana enteramente separada de Roma.

Se habla de la eleccion de un gran Consistorio, compuesto de doce obispos, para dirigir la parte espiritual de la nueva iglesia alemana, de los cuales será presidente el mas anciano.

Se suprimirán las imágenes en los templos, permitiéndose solo la del Crucificado; igualmente quedará suprimida la confesion auricular y se conservaran la misa y el purgatorio.

Hacen mal los católicos alemanes en conservar esos dos dogmas que ningun apoyo encuentran en las Santas Escrituras; pero confiamos en que un día, no muy lejano, queden abolidas esas dos invenciones de los hombres, y sea predicado en toda su pureza el Evangelio de Cristo.

Escriben de Salamanca á uno de nuestros amigos, que es grande el deseo de muchas personas de la localidad de que se les predique el Evangelio de Jesucristo. Nosotros deseáramos poder llevar la Palabra de vida á todas las ciudades y aldeas de España; pero sabemos lo difícil que se hace abrir nuevas capillas mientras que las congregaciones existentes no puedan atender á sus propios gastos. Si tal sucediera, los fondos que hoy se emplean para mantener lo comenzado, se aplicarian á otros nuevos trabajos y el Evangelio se difundiria con mas rapidez. Piensen seriamente en esto los cristianos evangélicos, que sobre ser muy útil á los demás pueblos de la Península les daría la confianza de lo que pueden.

Tenemos entendido que en Jerez de la Frontera se abrirá muy en breve una nueva capilla evangélica, y que se sostendrá con las contribuciones voluntarias de los fieles.

El miércoles próximo 16 del corriente, á las ocho y media de la noche, se reunirán en oracion todas las congregaciones en la iglesia bautista de la calle de Lavapiés, y el miércoles 23, á la misma hora, en la iglesia de la calle de San Cayetano.

Con placer hemos sabido que el Sr. Ben-Oliel, pastor de una de las iglesias evangélicas de Cádiz, se propone inaugurar muy en breve un nuevo culto en el Puerto de Santa Maria.

Segun el *Tagblatt* de Lucerna, las lecciones de teologia dadas en esta poblacion, han sido abandonadas durante el curso de 1870 á 1871 por seis estudiantes, porque consideraban el dogma de la infalibilidad como contrario á su conciencia. Ademas, varios estudiantes que asistian á los cursos de filosofía con objeto de abrazar la carrera eclesiástica, han renunciado á ella y escogido otras carreras.

Ha dejado de publicarse momentáneamente, nuestro apreciable colega evangélico de Sevilla *El Cristianismo*.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes. El precio de suscripcion es *un real* mensual en Madrid y *cinco reales* trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripcion cuyo importe no se haya recibido en la Administracion.

Puntos de suscripcion.

| | |
|----------------|--|
| En Madrid..... | { Soldado, 7, segundo. Madera Baja, 8. |
| En Zaragoza... | { Calle de San Jorge, cochera Asco- bareta. |
| En Valladolid. | Plazuela del Duque, 11, principal. |
| En Cartajena.. | Plaza del Rey, 18. |

MADRID: 1871.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.